

La salsa también se goza leyendo

En el mundo en que yo vivo... Salsa en Colombia

SERGIO SANTANA ARCHBOLD
(edición)

Calle Salsayletras, Medellín, 2021,
541 pp.

COLOMBIA ES, entre muchas cosas, una nación “salsera”. Y lo digo porque si bien la “salsa” —esa música de raíz afrocubana que desde Nueva York se regó primero por las ciudades del Caribe y luego al resto del mundo— no es originalmente colombiana, hace mucho tiempo que llegó, se afincó y cautivó a miles de personas que son en nuestro territorio, y a su manera, “salsómanas”.

El caso es que Colombia sí es salsera, y así tengamos otras músicas, si se quiere, más “autóctonas” (porque también es, o ha sido en algún momento, cumbiambera, bambuquera, vallenatera y hasta carranguera), y lleguen desde diferentes lugares nuevas modas, prácticas y expresiones culturales, aquí se adoptó la salsa como propia, prácticamente desde que nació el género. Mejor dicho, Colombia es salsera por las maravillosas canciones —hoy verdaderos clásicos— que se siguen bailando como hace veinte, treinta, cuarenta y más de cincuenta años; los numerosos bares y salsotecas (colombianismo que se propagó por el mundo) en todos los lugares del país —uno de los mejores bares de salsa que conozco se llama Borinquen y queda en Florencia, Caquetá—; las muchas orquestas, algunas consagradas, algunas desaparecidas, otras emergentes y varias nuevas que surgen y proponen cosas; los conciertos de aquellas luminarias salseras que aún siguen en este mundo y convocan a una buena cantidad de gente; los numerosos melómanos y coleccionistas; los excelentes bailarines y bailadores; los artistas legendarios y músicos maravillosos; las canciones hechas aquí, que se convirtieron en clásicos de la salsa del mundo; los programas de radio con sus estilos particulares (desde los espacios “culturales” y universitarios hasta los más “comerciales”), y por supuesto, los almacenes de discos que algunos seguimos frecuentando y que se resisten a desaparecer. Entonces sí, otra vez lo

digo, Colombia es un país salsero, y de los más salseros de todos —si no el más—.

De hecho, Colombia también es salsera por los textos, artículos y, claro, por los libros que han publicado escritores, periodistas, investigadores, melómanos y entusiastas del tema, que dan cuenta de lo que ha sido la salsa, no solo por medio del relato biográfico de los artistas más reconocidos, sino sobre todo por su abordaje de las maneras en que los habitantes de esta tierra han apropiado, configurado y reconfigurado esa compleja y sabrosa expresión que, así ya no sea “de moda”, ha dejado claro que aquí también había muchas cosas para aportarle al movimiento, y con creces.

Este es el caso del libro *En el mundo en que yo vivo... Salsa en Colombia*, editado por Sergio Santana Archbold, investigador paisa-sanandresano que desde hace más de tres décadas se ha dedicado a recopilar, investigar, estudiar y divulgar la salsa como fenómeno sociocultural, en numerosas publicaciones como: *¿Qué es la salsa? Buscando la melodía* (1992); *Yo, Rubén Blades. Confesiones de un relator de barrio* (1997); *Héctor Lavoe. La voz del barrio* (2003, 2018); *Mi salsa tiene sandunga... y otros ingredientes* (2014); *Medellín tiene su salsa* (2015), este en coautoría con Octavio Gómez, y *Fruko. Salsa y tesura* (2022), en coautoría con Juan Carlos Mazo. Santana también es autor de *El inolvidable Tito Rodríguez* (2003, 2015) y coautor de *Lucho Bermúdez. Cumbias, porros y viajes* (2012) y *Benny Moré. Sin fronteras* (2013), que si bien no son estrictamente sobre la salsa, son sobre la música afrocaribeña, antecedente fundamental para esta expresión que nos convoca y apasiona.

La abundante obra de Santana, tal vez la más voluminosa entre los autores colombianos dedicados al tema, deja en evidencia su experiencia, conocimiento y pasión para presentar documentos que ayuden a comprender un género que trascendió la música y se convirtió en una forma de ser, actuar y sentir, para el deleite de muchos de los que nos movemos (o queremos hacerlo) en este universo. Y si en este nuevo libro participan, desde sus ciudades, investigadores que entregan información de relevancia para conocer un poco más de lo que ha pasado con el género, se trata, sin duda, de un sólido

documento que permite seguir la reflexión sobre este fenómeno con sus antecedentes, desarrollos, contradicciones, éxitos, fracasos, perspectivas y, sobre todo, caminos recorridos a lo largo de más de cincuenta años —casi sesenta—.

Vale decir que el libro da continuidad a la importante tradición de publicar trabajos relevantes escritos en Colombia, especialmente en los últimos años, acerca del desarrollo de la salsa en las ciudades del país, como textos de investigación o divulgación. Menciono algunos: *La salsa en Cali* (1992), *La salsa en discusión. Música popular e historia cultural* (2008) y *La salsa en tiempos de nieve. La conexión latina Cali-Nueva York, 1975-2000* (2020), de Alejandro Ulloa; *Salsa y cultura popular en Bogotá* (2013), de Nelson Gómez y Jefferson Jaramillo; *¡Fuera zapato viejo! Crónicas, retratos y entrevistas sobre la salsa en Bogotá* (2014), de varios autores; *Salsa y control en Barranquilla. Una historia tocada y bailada* (2018), de Adlai Stevenson Samper; *Cali. Salsa Forever* (2022), de Rafael Quintero, y *Medellín tiene su salsa* (2015) de Santana y Gómez, entre otros, los cuales enseñan mientras escuchamos, bailamos y cantamos (o intentamos hacerlo). A esto se suman otros trabajos que, desde la literatura (y la lista es bastante extensa), ayudan a comprender un fenómeno sociocultural que trascendió su momento de mayor efervescencia y continuó presente en Colombia como algo propio.

El título del libro en cuestión toma la primera frase de una de las “salsas” colombianas más sonadas en el mundo (si no es la que más): “El preso”, composición de Álvaro Velásquez, grabada en 1975 por Fruko y sus Tesos, con la voz de Wilson Manyoma, para el álbum *Fruko el grande* de Discos Fuentes. Que el libro se llame *En el mundo en que yo vivo...* es una declaración de intenciones que, además de hacer referencia a ese clásico de clásicos, nos pone a cantar, así sea mentalmente, al mismo tiempo que nos sumergimos en las páginas y sentimos que nos suenan también otras canciones.

El libro se inicia con el prólogo del investigador José Arteaga —otro importante pionero en la investigación sobre salsa en Colombia— y contiene capítulos

RESEÑAS		MÚSICA
<p>escritos por Jaime Rodríguez (“La salsa en el altiplano durante el siglo XXI”), Rafael Bassi y Jairo Solano (“Con salsa, en Barranquilla me quedo”), Carlos Mantilla (“La salsa en Bucaramanga”), Daniel Olarte Mutiz (“Pasto, salsa desde el sur... Las esquinas son iguales en todos lados”), Carlos Velásquez (“Un largo camino, la salsa en Manizales”), Jairo Grijalba (“Metiendo mano en El Gato Negro”), Maira Luz Cantero e Iduar Ortega (“Salsa al ritmo del calor y el petróleo”), y el mismo Santana, quien aporta varios textos (“Medellín tiene su salsa”, “Las pasiones eternas de la salsa en Cali del nuevo milenio”, “Un pedacito de la historia nuestra, salsa en Cartagena” y “No solo somos calipso y reggae, tenemos salsa en San Andrés”). Estos capítulos van acompañados de tres textos más que figuran como anexos, escritos por Nicolás Contreras (“La salsa en el Caribe colombiano: con clave, bongó y mucho picó”), Sergio Santana, de nuevo (“Las charangas en Colombia”), y Roberto Carlos Luján (“Apuntes para la construcción biodiscográfica de la salsa en Colombia, 1965-2020”).</p> <p>Se trata entonces de un abundante compendio de trabajos que brindan un panorama general de la salsa en Colombia con sus estilos y maneras, distintos puntos de partida y particulares enfoques. Los autores provienen de variados contextos y se han acercado a la salsa ya sea como músicos, programadores radiales, coleccionistas, rumberos, escritores, periodistas o incluso desde todas las facetas al tiempo, lo cual deja ver conocimiento, experiencia y pasión por lo que en el “barrio” caleño todavía conocen como “la melodía”. Con todo esto, se va narrando lo que ha sido la llegada, apropiación, desarrollo y consolidación de la salsa mediante la recreación de una memoria y una historia de lo que este género musical y entramado sociocultural ha constituido en el país, y eso no es cualquier cosa.</p> <p>Las ciudades escogidas para describir las manifestaciones de la salsa en Colombia, como Cali, Barranquilla, Cartagena, Bogotá y Medellín, son, en general, epicentros de consumo y desarrollo del género. También hay otras que, sin haber sido consideradas fundamentales, muestran en ellas una tradición de músicos, melómanos, bares, programas radiales,</p>	<p>bailadores y canciones, como son los casos de Pasto, Popayán, Bucaramanga, Manizales, San Andrés e incluso Barrancabermeja, la única ciudad no capital de departamento que tiene un capítulo propio. Obviamente, los lectores podrían preguntarse por qué estas ciudades y no otras como Cúcuta (por donde entraron muchos discos de salsa, vía Venezuela), Buenaventura (puerto fundamental de entrada de discos, consumo musical y presencia de artistas locales y foráneos), Quibdó (escenario de gran fuerza musical y cuna de grandes músicos, entre ellos los directores de dos de las orquestas salseras más importantes de Colombia: Jairo Varela y Alexis Lozano), Villavicencio (donde he salseado bastante), Armenia y Pereira (es que había hasta “pasito pereirano”), Montería o Sincelejo (donde hubo importantes orquestas pioneras), entre muchas otras. Esto muestra que hay importantes ausencias, aunque las presencias son fundamentales y supongo que los criterios pasaron por la importancia de la ciudad escogida en el desarrollo de la salsa en el país y, por supuesto, la disponibilidad de algunos para contar su historia.</p> <p>Es evidente también que la calidad de los textos no es pareja; en efecto, hay un par que palidece en comparación con los mejores, lo cual es frecuente en los trabajos de varios autores. A la vez, se podrían extrañar plumas reconocidas en algunas de estas ciudades pero, independientemente de esto, todos los autores, sin excepción, hicieron un serio trabajo que cumple su cometido. De hecho, Santana escribe sobre bastantes ciudades y tal vez podría haber dado espacio a plumas de otros lugares, pero es que sus escritos son tan buenos que se merecen con creces estar ahí. Tampoco habría estado mal presentar un trabajo fotográfico más amplio, de pronto acudiendo a álbumes familiares o viejos artículos de prensa que hubieran fortalecido el trabajo, aunque encareciéndolo bastante.</p> <p>A pesar de esas pocas cosas, <i>En el mundo en que yo vivo... Salsa en Colombia</i> es un trabajo relevante que vale la pena celebrar, porque pone un peldaño más en el conocimiento de lo que ya es una tradición y parte fundamental de una expresión, desde hace muchos años colombiana también,</p>	<p>pues así como se baila, escucha, canta, interpreta y compone, entre otras cosas, también se goza leyendo, y este libro lo comprueba.</p> <p style="text-align: right;">Petrit Baquero</p>